



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

COLABORADORES.

Aaensi (D.^a Julia).
G.^a Balmaseda (D.^a Joaquina).
Gimeno (D.^a María de la Concepcion).
Grassi (D.^a Angela).
Sinues (D.^a María del Pilar).

Alfaro (D. Manuel Ibo).
Ballester (D. Guillermo).
Barrera (D. Pedro).
Campoamor (D. Ramon).
Castillo y Soriano (D. José).

Castillo y Alba (D. Enrique).
García Santisteban (D. Rafael).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hurtado (D. Antonio).
Rafael Monroy y Belmonte.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

GEOGRAFÍA DE PUERTO RICO

INTRODUCCION

Puerto Rico fué descubierto por Cristóbal Colon en su segundo viaje á América, desembarcando, segun la opinion más general, en la playa de Mayagüez, en Noviembre de 1493.

Colon pudo someter sin gran esfuerzo la mayor parte de las tribus que ocupaban la isla, porque los españoles eran tenidos por seres sobrenaturales que no sólo causaban admiracion á los indígenas, sino tambien terror, y así fué que atrajo á sí todos los caciques ó jefes de las tribus, excepto á Mau-nabo y otros pocos que habitaban la parte meridional, el cual para convencerse de si era verdad que los españoles eran inmortales como creian la mayor parte, acechó al ejército explorador hasta que pudo aprisionar á dos que se habian separado incautamente, sacrificándoles á su furor; desenga-

ñado del comun error, se aprestó para su defensa, y en su consecuencia los españoles tomaron por fuerza aquello que de grado no se les entregaba, dominando por fin la isla y fundando su capital cerca de donde hoy se halla Bayamon; mas despues, destruida por los huracanes, la establecieron donde hoy existe con el nombre de San Juan.

Era gobernada la isla, segun la opinion más general, por un cacique ó rey á quien prestaban obediencia las diversas tribus en que estaba dividida, y del nombre de uno de estos fué de quien se llamó Borinquen, si bien algunos opinan que este nombre, que quiere decir hermosa, se la daba por la lozania de su vejetacion en salubridad sobre todas las comarcas y su clima benigno. Son hipotéticas cuantas opiniones se expongan sobre el particular, pues nada hay escrito que nos dé á conocer la verdad de estos asertos.

CAPÍTULO PRIMERO

Situación, superficie, población. — Cabos, puertos é islas.
Montes y ríos.

Se halla situada Puerto Rico entre los 18° y los 18° 35' latitud N. y los 61° 5' 80'' y los 63° 41' de longitud O. respecto al meridiano que pasa por Madrid. Está enclavada en el mar de las Antillas y es una de las conocidas por los geógrafos con el nombre de grandes Antillas.

Su línea más larga desde las Cabezas de San Juan al NE. hasta la punta de San Francisco al O. es de 33 leguas, ó 183 kilómetros 876 metros; y en su mayor anchura desde San Carlos de la Aguadilla hasta los Morrillos de Cabo Rojo, de 12 leguas, ó sean 66 kilómetros 654 metros, que forman una superficie de 360 leguas cuadradas, ó sean 11.160 kilómetros, que pueblan 700.000 habitantes próximamente, en su mayor parte blancos.

Tiene esta isla sus costas bajas y regulares; así que son pocos los puntos salientes en el mar: mencionaremos los más pronunciados, que son: las Cabezas de San Juan al NE., cabo de Mala Pascua al SE., los Morrillos de Cabo Rojo al SO. y punta de San Francisco al O.

Sus puertos principales, y en donde pueden abrigarse los buques de los vientos N. y NE., que son temibles durante los meses de Julio á Octubre, época llamada *el invierno*, son: el de la capital al N., el de Ensenada Honda al E. y el de Salinas al S.

Los abiertos al comercio de exportación é importación y que tienen aduanas de primera y segunda clase, son: el de la capital, Fajardo, Arroyo, Ponce, Mayagüez, Arecibo y San Carlos de la Aguadilla; sólo á la exportación, Naguabo, Humacao, Salinas de Coamo, Cabo Rojo, Añasco y Manatí, y para el de cabotaje, Luquillo, Las Piedras, Manuabo y otros.

En el contorno de la isla hay otras varias, islotes y bancos que hacen difícil la navegación: entre las primeras citaremos á Viequez, á 11 millas SE. de Fajardo, habitada, con unos 3.000 habitantes, de una legua cuadrada de superficie y que forma uno de los siete departamentos de Puerto Rico; próximo á ésta, y en dirección E. de Fajardo, á 32 millas de distancia, está La Culebra, inhabitada, casi tan grande como Viequez, con magníficos montes que explotan para el carboneo los de la vecina isla

de Tórtola. Dentro del mismo puerto de Fajardo están varios islotes, que el principal, llamado de Pinos, de una milla, ó sean 2 kilómetros próximamente de superficie, está cultivado y es de dominio particular. Al frente, y á la entrada del puerto de Ponce, hay también varios islotes inútiles para el cultivo, de los cuales el mayor es el llamado la Caja de Muertos por su forma particular, y es una montaña completamente árida. Al S. de Mayagüez y á unas 8 millas ó unos 14 kilómetros de distancia, está la Mona, y al O. de ésta el Monito: la primera, susceptible de cultivo de suelo bajo, tiene algunos bueyes y cabras salvajes, y mide 3 kilómetros superficiales. Hay además muchos islotes próximos á las costas, pero de ningún valor y poca extensión.

Las montañas de Puerto Rico parecen continuación de las de otras Antillas, y en este concepto diremos que principian en la punta de San Francisco y concluyen en las Cabezas de San Juan, dividiendo á la isla en dos vertientes principales, que son meridional y septentrional.

Los puntos más culminantes de esta cordillera son: las Tetras de Cerro Gordo al O., el Torito de Cayey en el centro y el Yunque de Luquillo al NE., todas de baja elevación (de 860 á 1.500 metros).

Como esta cordillera tiene muchas estribaciones, son muchas las corrientes que con el nombre de ríos surcan su suelo, pero los más de corto curso y poco caudal de aguas: expondremos los más principales.

El río de Luquillo, que nace en la sierra de su nombre, y después de 2 leguas de curso (11 kilómetros) desemboca parte arriba de Luquillo en el mar. Es notable porque arrastra en sus arenas algunas auríferas, y cerca de su nacimiento hay un lavadero de oro, hoy abandonado.

El río de San Lorenzo nace cerca del pueblo de su nombre, y tomando la dirección N., recorre unas 7 leguas (38 kilómetros) y desemboca por Loisa en el mar.

El de la Plata, que nace cerca del Cayey, corre en dirección NNO. unas 9 leguas (50 kilómetros) y desemboca en el mar por Boca Habana cerca del Dorado.

El de Añasco nace en las Tetras de Cerro Gordo, y corriendo en dirección O. por espacio de unas 5 leguas (27 kilómetros) desemboca en el mar junto á Añasco.

(Se continuará.)

JOSÉ VITINI Y ALONSO.

HISTORIA NATURAL.

CLASE 2.^a AVES = ORDEN 2.^o PAJAROS.

El orden de aves conocido con el nombre de pájaros, que el vulgo aplica á todas en general, comprende unicamente á las que tienen pico pequeña comunmente, y tres dedos hácia adelante y uno hácia atrás. Los pájaros se alimentan de semillas y la mayor parte de insectos. Grande es la variedad que encierra este orden, en el que figuran las aves de plumaje más bello y vistoso, así como de canto y timbres más melodiosos. El ruiseñor, la alondra, el canario, el jilguero y el mirlo son los pájaros cantores por excelencia, pequeños y pobres artistas que tienen siempre un imo encantador para el sublime Creador que les dió tan hermosa garganta y tan delicado gusto musical. En cuanto á lo variado, vistoso y rico del plumaje que les adorna, sobresalen: El ave del Paraíso, cuyo cuerpo cubren plumas de colores tan vivos y matices tan brillantes como el rubí, cuyos reflejos parecen piedras preciosas por su brillo y colores; el pájaro marica, diminuta arecilla de brillante copaje; la oropendola y el pájaro lira, que tiene la particularidad de que las plumas de su cola imitan una lira.

Al este mismo orden pertenece también la golondrina, bien conocida en nuestro país, que, como es sabido, emprende grandes viajes á remotos países buscando la conveniencia de sus climas en las diversas estaciones, la urraca o marica, que se domestica y acostumbra á vivir en las casas y aprende y repite palabras, como los loros, de que hablaremos en el orden tercero; el martin pescador, que se llama así porque se alimenta de peces que le

proporciona su habilidad, y que tiene realmente por su paciencia y acierto grandes condiciones para ser buen pescador.

Al tratar de los pájaros no podemos prescindir de intentar modificar en algo la equivocada idea que de ellos tienen algunos.

En general se cree todavía por nuestros sencillos labradores que los pájaros del campo son una verdadera plaga para los sembrados, y así vemos infinidad de espantajos colocados por doquiera con el fin de alejarlos de las posesiones. Esta creencia es errónea, puesto que la mayoría de los pájaros pequeños son exclusivamente insectívoros; y aun cuando haya otros que indistintamente se alimenten de semillas y de insectos, no es tanto el daño que causan como el beneficio que reportan á la agricultura, destruyendo á los gusanillos que aniquilan las plantas evitando su crecimiento y desarrollo.

Muchas veces, á la simple vista parecen que un pájaro se ocupa en devorar los granos de una espiga, en la que se ceba dando grandes picotazos. Sin embargo, no es el grano lo que busca, sino el insectillo diminuto, que corroe poco á poco el grano. Los pitirreos que revolotean por nuestros jardines, deteniéndose en los emparcados, no van á buscar la uva, sino los mosquitos y las lombricillas. El reyezuelo pajazillo que gusta de la presencia del hombre, merece la mayor estimación por los muchos insectos que destruye, y comprendiendo su utilidad, en varios Estados de la América del Norte, colocan al lado de cada

casa de campo una cajita de madera, suspendida en la extremidad de un palo, á fin de que en ella hagan su nido.

Desde el momento que las crías han nacido, hasta que se hallan en estado de abandonar el nido, sus padres buscan cuidadosamente los insectos para alimentarlas. Dice un naturalista, que se han

contado atentamente el número de viajes hechos por un par de reyezuelos que anidaba en estas cajas, y se ha visto que por término medio hacían cincuenta viajes por hora. El número menor de estos ha sido de cuarenta y el mayor de sesenta. Sólo una vez habrían hecho en una hora setenta y uno. Este ejercicio



MARTIN PESCADOR

GOLONDRINA

Historia natural.

duró sin cesar todo el día. En doce horas, haciendo en cada una de ellas cincuenta viajes por término medio, cada par de reyezuelos destruye seiscientas orugas, ó insectos. Este cálculo está hecho en el supuesto de que en el viaje no se lleven más que un insecto; porque muchas veces cogen dos y aun tres, en cuyo caso destruyen de mil doscientos á mil ochocientos insectos.

Véase, pues, cómo la observación de-

muestra las ventajas de los pájaros, convirtiéndose en guardianes constantes de las plantas en vez de destructores de las mismas, por lo que conviene desterrar la preocupación de los labradores que los hacen una guerra encarnizada, á fin de que se propaguen en nuestros campos, porque realmente son los amigos más fieles del labrador y sus propiedades.

(Se continuará.)

EL PASTOR DEL VALLE DE MUGELLO

Conclusion (1).

Angelo de Bodone, padre de Angiolotto, honrado labrador del valle de Mugello, escuchó con gran sorpresa la proposición que le hacía el señor de Cimabue para llevarse su hijo; le prometió que si no defraudaba

(1) Véase la página 270.

sus esperanzas llegaría á ser venerado su nombre y sería una gloria para su país. El pobre hombre no podía comprender estas últimas palabras. Sin embargo, contento al ver á su hijo bajo el amparo de un caballero de tan apuesta y elegante figura, dió un abrazo de despedida á Angiolotto; éste volvió al campo á despedirse de Fiammetta, á quien encontró llorando en el banco de césped, cerca del manantial de los Cuervos.



El pastor del valle de Mugello.

En aquella misma noche Giotto se hallaba en Florencia en el taller de Cimabue, paseando sus miradas llenas de satisfacción sobre los dibujos y los cuadros del maestro; pero su mirada tranquila no denotaba admiración: su frente estaba inclinada, y con un dedo puesto en el labio, parecía que estaba extasiado ante una vaga idea, y que al considerar las obras del que entonces era el príncipe del arte, el niño hubiera comprendido toda la gloria que le estaba reservada.

Giovanni Cimabue acababa de ser el creador más bien que el restaurador de la pin-

tura florentina, cuya escuela no tenía ni forma ni carácter; sus pintores, toscos y sencillos, podrían considerarse mejor como embadurnadores que como verdaderos artistas, contentándose con copiarse unos á otros sus defectos y su profundo olvido de la naturaleza.

Hablando de Cimabue, dice lo siguiente el abate Lanzi en su erudita obra sobre la *Historia de la Pintura*:

«Estudió la naturaleza, corrigió en parte la dureza del dibujo, animó las cabezas, supo plegar los paños y agrupó las figuras infinitamente con más arte que los bizantinos.»

Sin embargo, aún no había bastante seguridad en el maestro para *mirar* la naturaleza; el *culto de lo bello*, de que ni aun participaban sus madonas, debía brillar más tarde en las obras del joven pastor, su discípulo, el verdadero *discípulo de la naturaleza*, llamado así más tarde por sus sublimes trabajos en Assise.

Seis años han trascurrido desde que Giotto ha entrado en el taller de Cimabue; ya es un gran artista; su manera de dibujar llena de gracia y de nobleza, la brillantez y riqueza de su colorido, llenan á todos de admiración, especialmente á su maestro; pero él permanece siempre sin demostrar la más mínima alegría: inclinada su cabeza tristemente, permanece meditando ante sus creaciones, sin hallar el bello ideal á que tanto aspira, y que quiere reproducir en toda su expresión.

Todos los años iba á visitar su querida casita del valle de Mugello, llevando consigo sus lápices y pinceles. Después de abrazar á su anciano padre que lloraba de orgullo y alegría al ver convertido á su pequeño Giotto en un gentil mancebo, iba á estrechar entre sus brazos á sus dos hermanas, mayores que él, y al momento preguntaba por su querida Fiammetta, que generalmente estaba en el campo.

Al llegar de su sexto viaje á la casa de su padre, apenas pronunció el nombre de Fiammetta, aquel anciano sacudió tristemente la cabeza, y sus dos hermanas le miraron con aire compasivo é inquieto.

—¡Fiammetta, prima mía!... ¿Qué la sucede á mi pobre prima? preguntó lleno de sobresalto.

—¡Ah! ¡Mi querido Angiolotto, contestó su hermana mayor; hace ocho días que la pobre niña está muy enferma!...

—¡Enferma! exclamó Giotto; ¿Y está de cuidado? ¡Nada me habeis escrito á Florencia!... Pero aquí no teneis médico. ¿Quereis que la pobrecita niña se muera sin asistencia?

—Te equivocas, hermano mio; he hecho venir de Vespignano al físico Bartolomeo, que es un sabio, como tú mismo nos lo has dicho muchas veces... No hemos querido alarmarte porque teníamos esperanza, y nos hicimos esta reflexión: nuestra prima estará buena y sana cuando nuestro hermano venga á vernos en el otoño.

—Pero, Dios mío, ¿dónde está Bartolomeo?

—Aquí está.

Un anciano penetró en aquel momento en la sala de la casa de labor; su fisonomía grave, pero llena al mismo tiempo de una venerable dulzura, se veía envuelta en un gorro con una larga cola que se unía en la espalda á una túnica negra que le cubría hasta los piés.

—Dios guarde á nuestro glorioso artista, dijo tomando las manos de Giotto.

—¡Ah, señor mío!... pensemos ántes que en nada en Fiammetta.... Respondedme pronto, Bartolomeo; ¿la pobre niña está realmente enferma?...

—Sí, hijo mío; está enferma...

—¿Pero no corre peligro?...

Bartolomeo no contestó.

—¿Luego no hay esperanza ninguna?... exclamó Giotto con angustioso acento.

—¡Casi ninguna!

—¡Ah! ¡Eso quiere decir que ya se ha perdido todo! Quiero verla, padre mío... ¿La causará algún daño que yo me presente así, sin prevenirla?...

—Ninguno... respondió el anciano con acento particular; está durmiendo...

—¡Duerme! ¡Pues entonces... vamos!

En una pequeña habitacion alumbrada por dos lámparas se veía á la pobre Fiammetta sentada sobre su lecho, vestida con su traje más bonito y su corpiño azul cosido con hilo de plata; había rodeado á su cuello la crucecita de oro y se había puesto sus pendientes; un ramo de narcisos cuya atadura había saltado, sembraba de flores su alrededor derramando un suave perfume; su frente estaba más pálida que los narcisos; sus ojos parecían casi cerrados como si estuviera rezando; y sobre sus labios, de color de rosa pálida, se creería vagaba una sonrisa divina; parecía dormir como un tierno niño que juguetea; sobre sus rodillas tenía abierto su pequeño cofre pintado, que sostenía con sus dedos finos y delicados.

—Buen anciano, preguntó en voz baja, ¿no estará incómoda así oprimida, completamente vestida en el lecho?

—No, hijo mío...

—¿Creeis que tendré tiempo, ántes que se despierte, para copiar su rostro angelical?

—Sí, hijo mío; te sobrará tiempo...

Giotto tomó sus pinceles y colores, y se puso á copiar la cabeza de Fiammetta en una tabla de cedro.

Dos largas horas habian trascurrido, y el artista creyó que ni aun media habia pasado sentado delante de la pobre niña; completamente absorbida su alma en aquella santa ocupacion, no reparaba en la velocidad con que se pasaban las horas. El hermoso rostro de Fiammetta se veia ya trasladado á la tabla con una admirable verdad, realizada por los recursos del arte.

Sin embargo, Giotto, á pesar de no conocer el tiempo trascurrido, empezó á extrañar aquella tranquila calma, aquel sueño cuya dulce inmovilidad nada perturbaba.

—¡Dios mío, cuánto duermel... dijo al fin con voz sorda volviéndose hacia Bartolomeo.

—Aún continuará durmiendo, respondió el médico con austera voz; no dejeis descansar vuestros pinceles: estais ejecutando una santa y bella accion...

Aún se pasó una hora más, cuando se oyeron de pronto algunos gritos que arrancaron al jóven pintor del religioso cuidado que ponía en su obra.

—Esas son mis hermanas que llaman, y tambien están llorando, exclamó levantándose con aturdimiento.

—Sí; las pobres niñas están llorando; ellas se lamentan, respondió Bartolomeo con su tranquila gravedad llena de resignacion, de que al fin, hijo mío, he tenido que decirlas lo que ignoraban; que la pobre Fiammetta...

—Duermel; sí, está durmiendo...

—Sí, hijo mío... ¡Hace seis horas que duermel... en el seno del Señor!...

La santidad de su dolor fué para Giotto su iniciacion en la belleza del arte. Para conservar un recuerdo animado, una imagen fiel de aquel sér inocente, lleno de gracias, cuyo infantil cariño fué el más grato recuerdo de su vida, trató de reproducir toda la verdad de la naturaleza, y así logró realizar al fin en la pintura el ideal de la verdad, de lo bello.

Más tarde terminó los detalles de aquella deliciosa obra, pintando el traje, los adornos y el cofrecillo en medio de los narcisos sobre las rodillas de Fiammetta.

Algunos años despues hizo donacion de este cuadro á la Virgen, en la capilla de los Franciscanos de la Santa Cruz; esta hermosa página de su vida se conocia con el nombre de *La Madona del cofrecillo*.

C. M.

SECCION DE LABORES

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 280.

- Núm. 1.—Continuacion del alfabeto que comenzó en la pág. 232.
 Núm. 2.—Enlaces de cifras bordadas en blanco ó litografía.
 Núm. 3.—Dos modelos ampliados de tamaño, para puntillas á punto de crochet.
 Núm. 4.—Escudo con enlace de cifras para pañuelo, bordado á litografía.
 Núm. 5.—Letras de fantasía para marcas, en colores.
 Núm. 6.—Bordado sencillo para ropa blanca.
 Núm. 7.—Flores con cifras y caprichos diversos para ensayos de bordado.

ENTRETENIMIENTOS

20.—Modo de hacer que un pájaro dé vueltas sobre sí mismo estando asándose al fuego.

CHARADA

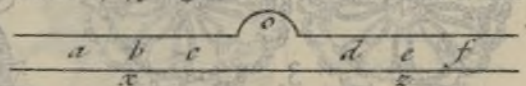
Letra vocal es primera;
 la segunda consonante;
 tercera dos en loterías
 siempre debia tocarme.
 El todo fué gran guerrero,
 pero mucho más notable
 en sus celos y venganzas
 que en el reñido combate.

Solucion al acertijo del número 34:

EL SUEÑO.

Solucion del entretenimiento 19 del número 34:

19.—Pasando el carro *c* al apartadero *o*, los carros *d*, *e*, *f* seguirán su marcha hasta el otro



lado de dicho apartadero, con lo que el carro apartado podrá seguir su camino en la misma direccion que llevaba; despues se volverán los tres carros *d*, *e*, *f* hacia atras para que el carro *b* pase al apartadero *o*; y para que éste pueda seguir adelante se volverán otra vez los repetidos tres carros hasta llegar al *a*, en cuyo caso saldrá el *b* de aquel sitio para continuar su camino. Ultimamente, se hará ó efectuará una operacion idéntica á la anterior, para que pueda pasar el carro *a*, hecha la cual se habrá conseguido lo que se deseaba.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

